

que exceden á todas nuestras palabras y pensamientos. Dios, pues, eligió el pan y el vino, porque sabía que los hombres miran con horror las cosas á que no están acostumbrados. Usando de su condescendencia ordinaria, obra en las cosas á que nuestra naturaleza está acostumbrada, otras cosas que exceden la naturaleza; y porque los hombres suelen lavarse con agua y ungir sus cuerpos con aceite, juntó Dios en el Bautismo la gracia del Espíritu Santo con el agua y el aceite, é hizo el pan del renacimiento espiritual. A este modo, porque los hombres estaban acostumbrados á comer pan y beber vino, mezclado con agua, quiso juntar estas cosas á su Divinidad, convirtiéndolas en su cuerpo y su sangre, para que por aquellas cosas más comunes y conformes á la naturaleza se elevase nuestro espíritu á las cosas divinas y sobrenaturales. No hay duda en que el cuerpo de Jesucristo unido á la Divinidad es el mismo que nació de la Santísima Virgen; ni en que el pan y el vino se convierten en el cuerpo y sangre de Dios. Si pretendéis saber cómo esto sucede, básteos oír que lo hace el Espíritu Santo; así como por el mismo, formó el Señor su carne para sí mismo y por sí mismo de la sangre de la Santa Madre. En estos misterios no podemos conocer otra cosa, sino que el Verbo de Dios es verídico y omnipotente y que el modo de obrarse es incomprendible. No obstante se puede decir con razón que así como el pan que sirve de alimento al hombre, y el vino mezclado con agua que le sirve de bebida se convierten en la substancia de su cuerpo y sangre, así también el pan y el vino mezclado con agua se mudan en el cuerpo y sangre de Jesucristo por admirable modo, y con la invocación y la venida del Espíritu Santo. No son dos diferentes cuerpos, sino un mismo y solo cuerpo. De aquí proviene, que comunica á los que le reciben dignamente y con fe el perdón de los pecados y la vida eterna, y da una fuerza particular al cuerpo y al alma. Ahora, pues, no son el pan y el vino la figura y el cuerpo de Jesucristo, ni permita Dios que yo lo diga; son el mismo cuerpo y la misma sangre unidos á la Divinidad. A la verdad; no dijo el Señor: esto

es la figura de mi cuerpo, sino esto es mi cuerpo. No dijo: esto es la figura de mi sangre; sino ésta es mi sangre». Hasta aquí S. Juan Damasceno.

Contemporáneo y amigo de este santo, distinguióse por sus composiciones líricas, Cosmas el Joven de Jerusalén y obispo de Majumas, cerca de Gaza en Palestina. La Iglesia Griega canta en el día de Jueves Santo una de sus armónicas producciones acerca de la traición de Judas, en la cual declara evidentemente su modo de pensar respecto de nuestro augusto Sacramento. Dice así: «¡Oh Señor Jesús! El infame Judas, cuyos pies habías acabado de lavar, olvidándose voluntariamente de las leyes de la más fina amistad, los emplea para ir á contratar tu venta; después de haber comido tu pan, quiero decir, tu Cuerpo divino, pone en ejecución perniciosos planes para perderte. No conoció ensalzarte como los demás, que exclaman: *Alabad al Señor todas sus obras, glorificarle por todos los siglos*. Hombre sin conciencia, recibía en su mano derecha el Cuerpo que es la redención del pecado y bebía sin respeto la divina Sangre, derramada por todo el mundo, al propio tiempo que la vendía fraudulentamente... Venid, ¡oh fieles!; tomemos parte en la hospitalidad y en la mesa inmortal que el Señor ha preparado sobre los altares para los limpios de corazón y aprendamos la palabra excelentísima del mismo Señor cuyas glorias ensalzamos.

«Acabadas las solemnidades de la antigua Pascua, añade el V. Beda, (1) que se practicaban en conmemoración de haber sido libertados los iraelitas de la esclavitud de Egipto, pasó Jesucristo á la nueva, que la Iglesia desea frecuentar en conmemoración de su redención. De modo que, por la carne y sangre del Cordero legal, sustituyendo el Sacramento de su carne y sangre, bajo la figura del pan y del vino, se mostrase á sí mismo, de quién juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedech»: en otro lugar, hablando de la necesidad que

(1) Com. in Evang. Luc. 22.

tenemos de comulgar el cuerpo y sangre de Cristo, dice: «Come la vida; bebe la vida y tendrás vida.»

En el siglo IX, descolló Teofilacto, arzobispo de Acharis en Bulgaria, el cual dice: (1) «No dijo en verdad Jesucristo: Esto es la figura, sino esto es mi cuerpo... Ciertamente: pan es lo que aparece, pero en realidad es carne».

«Me admiro, añade Claudio Pascasio, monje Corbiense, (2) que haya algunos en nuestros tiempos que se atrevan á enseñar que en el Sacramento de la Eucaristía, no esté realmente la Carne y la Sangre de Cristo, sino la virtud de la carne y no la carne, la virtud de la sangre y no la sangre, la figura y no la verdad, la sombra y no el cuerpo».

«Esta sangre, prosigue el célebre maestro Floro, que floreció en tiempo de Carlos el Calvo, fué vertida para remisión de los pecados; el agua que juntamente salió con la sangre del costado de Cristo suaviza la bebida. Esta agua da ablución y bebida. El misterio de la oblación del Señor, con cuanta piedad y amor se ha de celebrar y recibir nos lo dice el mismo Señor, cuando se expresa por estas palabras: Cada vez que hicieris esto, hacedlo en memoria de mí (3)».

Otros santos y sabios célebres existieron en este siglo, como S. Adalberto, que llevó la fe á la Prusia, Hungría y Livonia, S. Odón y S. Bruno, Hincmaro, arzobispo de Reims, y Drutmaro, monje Corbiense, atacado por los protestantes, quienes defendieron con celo y energía nuestro augusto Misterio.

Si examinámos *el siglo X*, encontramos á Fulberto Carnotense, de quien son estas palabras: (4) «La materia terrena del pan y del vino, trascendiendo la naturaleza y mérito de su género, se convierte en la substancia de Cristo, como Él mismo dijo: Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre».

*En el siglo XI*, S. Anselmo, arzobispo de Cantórbury, se expresa en los siguientes términos: «Según las definiciones

(1) Com. in Ep. ad Cor. X.

(2) Com. in Math. 26.

(3) Expositio Misæ.—Qui pridie quam etc.

(4) Epist. ad Deodatum.

de los santos Padres, debemos creer que el pan que se pone sobre el altar se convierte con las palabras solemnes en el Cuerpo de Jesucristo: que no permanece allí la substancia del pan ni la del vino, sino solamente la especie ó apariencia, como son la figura, el color y el sabor: que sobre estas especies ó apariencias recaen todos los acontecimientos que contienen alguna indecencia, como es, ser pisadas ó comidas de ratones (1)». «Creo firmemente, añade, que el Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía es el mismo que nació de la Virgen, el que fué crucificado y sepultado, y resucitó de entre los muertos; el que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre».

El valeroso S. Gregorio VII, Pontífice Máximo, en ocasión que fué á dar la comunión al impío Enrique IV de Alemania, teniendo en sus manos la venerable Hostia, le dijo estas solemnes palabras: «Hemos recibido de vos, y de algunos de vuestro partido, cartas en que nos acusáis de haber usurpado la Santa Sede por simonía, y de haber cometido así durante nuestro pontificado, crímenes que según los cánones nos vedan el ingreso en las sagradas órdenes. Aun cuando podamos justificarnos por medio del testimonio de los que saben cómo hemos vivido desde nuestra infancia y que han sido autores de nuestra promoción á la dignidad episcopal; sin embargo, para evitar toda clase de escándalo, apelamos al juicio de Dios, y no al juicio de los hombres, queriendo que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que vamos á tomar, sea uná prueba de nuestra inocencia...»

Haced, pues, lo que os aconsejamos; y si os sentís inocente, librad á la Iglesia de semejante escándalo y á vos mismo de tamaño peso. Tomad la otra parte de la Hostia, á fin de que, esta prueba de vuestra inocencia, cierre la boca á vuestros enemigos, y nos excite á ser vuestro más ardiente defensor, para reconciliaros con los príncipes y terminar para siempre la guerra civil» (2). Observemos el hecho y deduzcamos si en aquellos tiempos se creía ciegamente en la pre-

(1) Carta 107.

(2) Vida de este Pont. por Artaud de Montor.

sencia real de Jesucristo en la Eucaristía. El hipócrita rey aludido, al ver que se le pedía tan terrible prueba, se apartó del altar sin recibir el Cuerpo de Cristo, excusándose que no podía entonces obrar nada, puesto que ni sus acusadores ni defensores estaban presentes para decir la verdad. Esto ciertamente, era un falso pretexto. Quien no le permitió comulgar fué su criminal conciencia que le acusaba horriblemente.

Floreció además en este siglo, S. Pedro Damiano, cardenal y obispo de Ostia; quien, escribiendo á una religiosa señora, la dice: «Quien se adhiere al Señor, un espíritu es con Él; este Esposo no se une al modo de una esposa, sino que por su unión con el alma, no nace corrupción. Jesús en las bodas de Caná convirtió el agua en vino, y este mismo Jesús se hizo asimismo comida y bebida. Se hizo comida, porque Él mismo es el pan vivo que descendió del cielo; y es bebida, porque con ella alegra el corazón del hombre. El espíritu, pues, de Dios embriaga los entendimientos de los hombres, de modo que como enajenados de sus sentidos, desprecian las riquezas del mundo, los honores y la gloria que aquí puedan obtener; y les embriaga al mismo tiempo, para que enardecidos con fervientes deseos, puedan sobrellevar por Dios cuanto duro y áspero haya en este destierro» (1).

Últimamente se distinguió en *el siglo XII* Ruperto, abad del monasterio de benedictinos de Druits; quien, al hablar de la institución de la Eucaristía, se expresa así: (2) «No instituyó ni entregó el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, antes de los momentos mismos en que iba á padecer, sino cuando se estaban preparando los instrumentos de su Pasión para maltratarle, azotarle y crucificarle; entonces se ofreció y dió asimismo bajo las especies de pan y vino, diciendo: Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre, que por vosotros será derramada».

«Así como el antiguo Testamento poseía hostias y sangre, dice Euthimio, así también el Nuevo los posee; á saber:

(1) Lib. 7. Epist. ad Sæculares Princip.

(2) In Math. cap. 26. Lib. X de Glor. et honor. Fil. Hom.

el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. No dijo: Esto es el signo de mi cuerpo y de mi sangre, sino: éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre» (1).

«No podemos quejarnos, dice finalmente S. Bernardo, abad de Claraval, de que Jesucristo no se muestra á nosotros, como se mostró á sus Apóstoles, pues tenemos en el Sacramento de la Eucaristía la verdadera substancia de su carne. Dos cosas hace en nosotros el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, disminuye los pecados veniales y nos quita del todo el consentimiento de las culpas grandes: si ya no sentís con tanta frecuencia, ni con tanta violencia los movimientos de ira, de envidia, de lascivia ó de los otros vicios de esta naturaleza, dad gracias al Cuerpo y Sangre del Señor, porque la virtud del Sacramento obra en vosotros; y alegraos de que no está lejos de sanar la peligrosa llaga de vuestras almas» (2).

He aquí cuál sea la doctrina de los santos Padres de la Iglesia. De su contexto se desprende que Ésta ha creído siempre de un mismo modo los dogmas que nos propone. No vengán, pues, los protestantes y sus secuaces á decirnos que el dogma de la Santa Eucaristía es una invención de los sacerdotes católicos, pues al momento les conduciremos á los veraces escritores de todos los siglos y, si saben leer, encontrarán expreso en sus inmortales páginas, el sentir de todos los cristianos desde el Divino Fundador hasta el siglo XII.

Con los Santos Padres damos por terminado el tomo I.

A. M. D. G.

(1) Com. in Math. cap. 26.

(2) Serm. S. Marc.